

Educación y lectura

Elvira Ontañón

La educación es un lento y largo proceso, que en realidad dura toda la vida; se habla de «buena educación», para referirse a la cortesía o las formas externas correctas, de educación musical, educación física o educación ambiental. En la última reforma de la enseñanza se especifican la educación para la paz, la educación para la igualdad de los sexos y las razas, y para otras varias e importantes cuestiones; pero en realidad no son más que partes de un todo, la Educación, que en su conjunto es el descubrimiento, estímulo y desarrollo de todas las facultades de la persona: físicas, intelectuales, estéticas, sociales, manuales, etc. Frente a esta idea, en la realidad la educación se aproxima demasiado al aprendizaje, que es otra cosa: de nuevo parte de un todo.

Uno de los puntos de la creación educativa de la Institución Libre de Enseñanza, recogida más tarde por la Escuela Nueva y por todas las tendencias renovadoras del siglo XX, fue precisamente este concepto de educación que se corresponde con la idea de la persona como un todo en su conjunto de facultades, sin jerarquía entre ellas, facultades que la escuela tendría como misión hacer aflorar, estimular, enseñar a poner en activo, buscando su desarrollo. Fue una revolución en su tiempo frente al concepto pedagógico que imperaba no sólo en España, sino en los demás países del entorno cultural. El procedimiento nuevo se puso a prueba en una escuela «sui generis», que fue la Institución Libre de Enseñanza, como campo de experimentación continua, experimentación siempre cuidadosamente estudiada, y cuyos logros se iban deslizando paulatinamente desde el pequeño núcleo de la Institución a la enseñanza pública española, a través del Museo Pedagógico,¹ y a la enseñanza europea, en un fructífero intercambio a través de los numerosos Congresos Pedagógicos en que la Institución Libre tomó parte, a partir del de Londres,² en 1884.

¹ El Museo Pedagógico, creado en 1882 a la manera de los análogos europeos, tenía como objetivo la formación e información permanente y cuidada de los maestros. Su director fue Manuel B. Cossío, discípulo y colaborador directo de Giner, desde 1.883 a 1.929, fecha en que se jubiló. La actividad y el prestigio del Museo Pedagógico, así como su influencia en la enseñanza pública, fueron muy notables.

² A este Congreso asistieron Francisco Giner de los Ríos, como observador, y Cossío, como director del Museo Pedagógico. Otros congresos en que tomaron parte las gentes de la Institución y de los que dejaron reseña en el BILE fueron el de Basilea de 1885 y el de París de 1889. De gran importancia fue el Hispano-Luso-Americano de 1892, presidido por Rafael María de Labra.

Este modelo educativo se adaptaría a una realidad práctica con la creación, en 1918, del Instituto-Escuela, vinculado al Ministerio de Instrucción Pública, que entonces contaba 18 años de vida, para incorporarse de modo espectacular a la enseñanza pública en los breves y difíciles años de la República, en un gran esfuerzo prioritario realizado sobre todo durante el primer bienio.

Como era de esperar, este concepto de la educación de la persona, encaminada a la creación de ciudadanos capaces de pensar y de opinar, fue arrasado en los oscuros años de la dictadura, durante la cual, sin embargo, empezaron a surgir, desde los años cuarenta, pequeños reductos, colegios privados en los que se refugiaban sobre todo profesores y alumnos del desaparecido Instituto-Escuela para mantener una manera de educar fuera del ambiente oficial; precisamente «esa manera de educar» creada por la Institución Libre de Enseñanza. Entre ellos, pionero y ya ahora con más años de existencia de los que llegó a tener la propia Institución, es obligado citar el Colegio Estudio, que tuvo a la cabeza desde su origen la sólida y rica personalidad de Jimena Menéndez-Pidal, perfectamente entendida y secundada por un magnífico grupo de profesores: Esperanza Salas, Pura Díaz, Miguel Catalán y, sobre todo y hasta el fin de sus días activos, Angeles Gasset y Carmen García del Diestro. Todos ellos eran conscientes de que, además del buen hacer en el difícil y complejo campo de la enseñanza, y en circunstancias adversas, eran eslabón de una cadena que no podían permitir que rompieran ni la fuerza de las armas ni la violencia de un sistema dictatorial. Y lo consiguieron.

Por fortuna, mas de treinta años después de los decretos de supresión —que lógicamente hubieran erradicado para siempre esta manera de educar—, y todavía durante la dictadura, la reforma de la Enseñanza de los años setenta, el llamado *Libro blanco de la Educación*, hizo un amago de volver a aquél sistema. Los que redactaron la ley imitaron en parte la letra, pero no entendieron la música; quisieron más aparentar que hacer de verdad, cosa por desgracia cada vez más frecuente en nuestro mundo y que en materia de educación es peligroso por la ineficacia que conlleva y las desilusiones que produce; además del tiempo perdido. A pesar de ello son indudables los avances en materia educativa que se apreciaron al entrar en vigor en la Ley y en las sucesivas Leyes de reforma que siguieron a la de 1970, ya en la democracia: la coeducación, los deportes, el dibujo, la música y el trabajo manual en la escuela; las excursiones y visitas a museos, la selección del material didáctico y el uso de la biblioteca. Pero a mi juicio sigue faltando un concepto claro del objetivo primordial de la educación y las vías para alcanzarlo. Aunque parezca contradictorio en una época tecnológica y pragmática como ésta, si no hay hombres y mujeres capaces de pensar, de opinar y de decidir, dotados de un sentido claro y ético de sus deberes y sus derechos, no habrá buenos profesionales de ningún tipo; y eso se forja en la escuela. Los seres robotizados no pueden ser ni los buenos profesionales ni los buenos ciudadanos que la sociedad necesita.

En cualquier sistema educativo, incluso en el más rutinario o adocenado, la pieza clave es la lectura, lo cual puede resultar un arma de dos filos. Si la lectura se utiliza sólo como herramienta para el estudio impuesto, aburrido, poco inteligible, sin el menor interés para el sujeto paciente, puede dar origen a un rechazo global y permanente del hecho de leer. El aprendizaje de la lectura es algo bastante difícil, y para aligerar el esfuerzo que supone, desde la escuela infantil o etapa preescolar se debe iniciar una preparación previa atractiva: descubrimiento de letras, palabras asociadas con imágenes, breves relatos leídos por los mayores, juegos que estimulen de diversas maneras a los pequeños aprendices; cuando el mecanismo se adquiere, se debe buscar, como una aventura, la comprensión de lo leído: contar, comentar, dibujar, escenificar. Poner de manifiesto que la lectura sirve para infinidad de cosas y puede producir otros tantos placeres. Así, los niños y niñas conocerán un nuevo juego fascinante que servirá para toda la vida, porque siempre existirá la posibilidad de adaptarlo a cualquier edad.

Una de las claves para aficionar al niño a leer, actividad que será parte importante de su formación, es buscar los libros adecuados, cosa que exige un conocimiento claro —edad, gustos, aficiones, ambiente— del niño o los niños, y unas publicaciones abundantes y variadas; esto es más importante en las primeras etapas de los nuevos lectores y lectoras, que son fundamentales, aunque la búsqueda de textos adecuados y atractivos debe continuar durante todo el proceso escolar, y tal vez durante toda la vida.

Con lo dicho anteriormente, casi no es necesario insistir en la importancia que tiene para la educación la oferta editorial: la calidad, el cuidado de las ilustraciones, el atractivo de los textos, lo accesible de la prosa. En este momento la oferta es bastante satisfactoria, aunque siempre cabe ampliarla, sobre todo en lo que a lecturas juveniles se refiere.

Considero necesario hacer referencia y dedicar un recuerdo a un ambicioso proyecto de la Editorial Aguilar,³ concebido y dirigido durante veinte años por Antonio Jiménez-Landi⁴ con el título general de *El Globo de Colores*.⁵ Fue una aventura feliz que se inició a fines de 1955 para interrumpir la publicación en la década de 1970; y ocupó durante veinte años un espacio antes desierto en el mundo de las lecturas infantiles, con buen gusto, estilo y sentido pedagógico. Estaba la colección perfectamente ideada y convenientemente dosificada para las sucesivas edades: *El Globo Rojo*, para niños de hasta siete años, era especialmente visual, con excelentes ilustra-

³ Véase la tesis doctoral de Elisa Serrano Gómez, *La editorial Aguilar. Una empresa por la Cultura*. Universidad Complutense, Madrid, 1999.

⁴ Antonio Jiménez-Landi (1909-1997) representa la tercera generación en una familia de profesores y alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, en la cual se educó y por la que toda su vida sintió un apasionado interés. Desarrolló múltiples y variadas actividades, especialmente en el campo de la investigación. Los 20 años de literatura infantil en Aguilar significaron mucho en su vida y en la de miles de niños españoles. Fue el primer director del BILE en su segunda época, de 1986 a 1989. Su obra más completa, que reúne la investigación de toda una vida y constituye una referencia obligada, es *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, en cuatro tomos, publicada por la Editorial Complutense en 1996.

⁵ Además de las series que se describen, *El Globo de Colores* se completaba con otras: *Iniciación Literaria*, *Relatos históricos*, *Grandes viajes y exploraciones* y una especie de revista juvenil llamada *Los Vuelos del Globo de Colores*, con pasatiempos, juegos, correo para los lectores interesados, etcétera.

ciones; El Globo Azul estaba dedicado a niños de entre ocho y diez años; El Globo Verde, para los de entre once y trece años, estaba compuesto por una excelente colección de leyendas de todo el mundo, narradas por diferentes autores, entre ellos, Rafael Morales y el propio Jiménez-Landi, que también ensayó relatos novelados de viajes por España. En esta serie salió del secuestro *Flor de leyendas*, de Alejandro Casona, preciosa selección de relatos mitológicos. El Globo Amarillo, destinado a lectores en edades entre los 14 y 16 años, tenía un claro sentido didáctico, sin perder una serie de atractivos como las cuidadas y bellas ilustraciones y la edición en general. Aparecían en esta colección temas relacionados con la naturaleza: el mar, el desierto, el fuego, junto a biografías de personajes históricos. También contenía la serie una curiosa antología, *Las horas muertas*, en la cual, como complemento a las ilustraciones de Julio Castro de la Gándara, aparecían textos de poetas españoles, varios de ellos aún prohibidos o arrinconados en la España de la época, como Alberti, Lorca, Miguel Hernández o Blas de Otero.

La colección El Globo de Colores tuvo éxito y difusión, fue como una bocanada de aire fresco en un panorama editorial rancio y alicorto. Algunos de sus volúmenes obtuvieron premios y menciones dentro y fuera de España, pero, sobre todo, sirvieron a generaciones de niños para aficionarse a la lectura y recrearse en ella.

Otro magnífico ejemplo de literatura para jóvenes fue la Biblioteca Literaria del Estudiante, editada por la Junta para Ampliación de Estudios y dedicada en principio a los alumnos del Instituto-Escuela. Estaba dirigida por don Ramón Menéndez-Pidal y la componía una cuidada selección de textos, siempre íntegros, de la literatura española en todas sus etapas que pudieran ser interesantes y atractivos para los jóvenes lectores. La edición era sencilla, pero de calidad y muy manejable. En ella colaboraron María Goyri, Pedro Blanco, Gonzalo Menéndez-Pidal, Enrique Díez-Canedo, José Vallejo, Martínez Torner y un largo etcétera. Algunos de sus títulos se han reeditado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a pesar de lo cual, la mayor parte están agotados. Sería un bonito proyecto editorial recuperar esta colección, que en su conjunto constituye un excelente panorama de la literatura española.

Pero, por más que sean necesarios y puedan resultar altamente atractivos los libros destinados específicamente a la formación de la persona —en realidad, cualquier libro cumple esta función más o menos directamente—, son también muy necesarios los buenos libros de ficción: los libros que divierten, inquietan, hacen imaginar, transportan a otra realidad, que serán en definitiva los que lograrán y harán permanente la afición a la lectura. También los adultos, además de libros de historia, ensayo, opinión o pensamiento en general, buscamos leer novela, teatro, humor o poesía.

Para terminar, voy a citar unas palabras de Cossío incluidas en la *Memoria* de la primera colonia de vacaciones en España, organizada en 1887 por el Museo

Pedagógico.⁶ Es un comentario a propósito de la inclinación de algunos niños por leer una publicación cómica de bastante mal gusto que circulaba entonces:

El dato es elocuente y entraña todo el problema de los libros de lectura para el niño [...] Con solo aprender a leer nada se aprende; se adquiere un instrumento, inútil mientras no se le ejercita; y no se ejercita con fruto hasta que se despierta la afición a la lectura, hasta sentir que ésta sirve de algo en la vida [...] Mientras el libro de lectura no sea para el niño tan interesante como una novela, mientras la muchedumbre menos culta no tenga más atractivo en que satisfacer su sentimiento literario, por más pena que cause, habremos de reconocer que periódicos como el aludido contribuirán más que el Juanito a mantener viva la afición a leer en nuestro pueblo...

Parece bastante expresivo. La Institución Libre de Enseñanza tuvo una buena sección infantil en su biblioteca —siempre actualizada—, que, a partir de febrero de 1918, con motivo del tercer aniversario de la muerte de Francisco Giner de los Ríos, dispuso de una sección circulante.

En las actuales colonias de vacaciones de la Institución —ya con más de 20 años de existencia— parte de la impedimenta que llevan los colonos está formada por una colección de libros, aparte de los que lleve cada niño. Y a pesar de la continua actividad que se desarrolla, se dedica un tiempo cada día para la lectura.

Elvira Ontañón

⁶ En M. B. Cossio: *De su jornada* (fragmentos). Madrid, Editorial Aguilar, 1966, pág. 63.

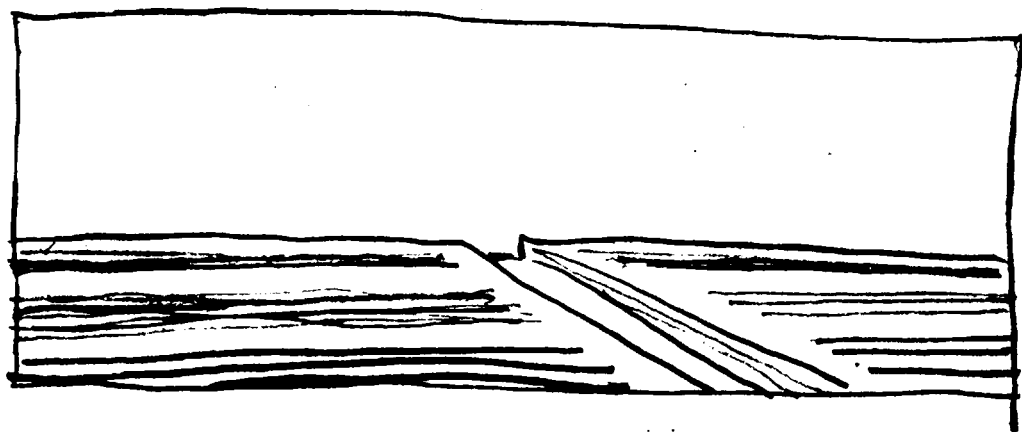


Ilustración original de Dena Pérez Pita
para este número del BILE